

Geronimo Stilton

El **SECRETO**
del **TIGRE**



DESTINO

LAS 13 ESPADAS

Gerónimo Stilton

El **SECRETO**
del **TIGRE**



DESTINO

El nombre de Geronimo Stilton y todos los personajes y detalles relacionados con él son *copyright*, marca registrada y licencia exclusiva de Atlantyca S.p.A. Todos los derechos reservados. Se protegen los derechos morales del autor.

Textos de Geronimo Stilton

Inspirado en una idea original de Elisabetta Dami

Coordinación artística de Tommaso Valsecchi

Ilustración de la cubierta, reverso de la sobrecubierta, ilustraciones interiores y mapas de Danilo Barozzi

Diseño gráfico de Marta Lorini

Título original: *Il Segreto della Tigre*

© de la traducción: Miguel García, 2016

Destino Infantil & Juvenil

infoinfantilyjuvenil@planeta.es

www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com

www.planetadelibros.com

Editado por Editorial Planeta, S. A.

© 2014 - Edizioni Piemme S.p.A., Palazzo Mondadori - Via Mondadori 1, 20090 Segrate - Italia

www.geronimostilton.com

© 2016 de la edición en lengua española: Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Derechos internacionales © Atlantyca S.p.A., Via Leopardi 8, 20123 Milán - Italia

foreignrights@atlantyca.it / www.atlantyca.com

Primera edición: septiembre de 2016

ISBN: 978-84-08-15940-7

Depósito legal: B. 10.629-2016

Impreso en España - Printed in Spain

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Stilton es el nombre de un famoso queso inglés. Es una marca registrada de la Asociación de Fabricantes de Queso Stilton. Para más información www.stiltoncheese.com

ÍNDICE

Introducción	11
Prólogo	15

PARTE PRIMERA ~ LAS LANDAS DEL OESTE

1. Vientos de tormenta	27
2. El naufragio	36
3. La unión hace la fuerza	47
4. Los bajeles gemelos	56
5. El arrecife de los Piratas	66
6. Juntos de nuevo	74

ÍNDICE

7. El tétrico murmullo	85
8. La selva de los Susurros	93
9. Los fulgurantes	104

PARTE SEGUNDA ~ EL NUEVO GUARDIÁN


10. Nazar de los Sauces	113
11. Frondhermosa	122
12. Varis de los Alerces	129
13. La fiesta de las Hojas Caducas	137
14. <i>Ortiga</i>	145
15. Una batalla sin esperanza	154
16. Las espadas robadas	162
17. El Libro de Cristal	169
18. El secreto desvelado	178
19. Por caminos distintos	188

ÍNDICE

PARTE TERCERA ~ LA TORRE DE CRISTAL

20. La isla Olvidada	197
21. Comienza la escalada	203
22. Los trastos de pantano	209
23. La Vía Velada	215
24. La sima oscura	224
25. Las pruebas del viento	233
26. La danza del aire	246
27. La escalada del cielo	256
28. La sinfonía del sueño	267
29. ¡Unidos para la victoria!	280
30. La vía de los Reyes	294

VIENTOS DE TORMENTA

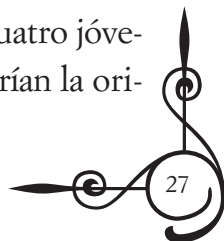
 l golfo de los Hechizos empezaba a resplandecer con las primeras luces del alba, entre pequeñas olas blancas y nubecillas suaves como copos de algodón. No había más que mar bajo el carro-mato volador que tres días antes se había elevado desde las orillas del desierto Polvoriento, en las inmediaciones de la Torre de Rubí, con rumbo a las lejanas y misteriosas landas del Oeste.

Aldar, Dran y Ondine dormían aún.

Lune, sentada en el pescante, observaba cómo el sol teñía de rojo y oro el cielo nocturno, en el que estaban difuminándose las últimas estrellas.

—¡Qué maravilloso espectáculo! —murmuró la elfa de las cumbres, haciendo disminuir la velocidad de los dos majestuosos caballos alados que tiraban del carro-mato.

Otros dos días, o quizá un poco más, y los cuatro jóvenes aprendices de la Academia de Magia avistarían la ori-



lla de la selva de los Susurros, su meta. Al menos, eso parecía en el mapa del libro que la directora Astra les había dado el día en que partieron para la misión.

Ya faltaba poco.

Entonces Lune dirigió sus grandes ojos de color esmeralda al este. El recuerdo de los amigos que habían dejado en la Torre de Rubí la reconfortó.

Decirles adiós a *Dorial*, Yasmina y Amir había sido difícil. Con ayuda del fénix guardián, la señora de los Elfos del Desierto y el maestro de música de la ciudad de Sonora, Dran había podido recuperar las dos espadas menores escondidas en la Torre de Rubí, las de ópalo y topacio, que se habían sumado a las espadas de esmeralda y zafiro que Ondine había recuperado en la Torre Esmeralda.

Ahora solamente faltaban cuatro espadas para concluir la misión. Y, entre ellas, dos esperaban a la mismísima Lune.

La elfa de las cumbres observó el mar con nerviosismo. Sin saber bien por qué, se sentía agitada, emocionada, rebotante de energía.

¿Qué retos la aguardaban? ¿Lograría afrontarlos con coraje y superarlos, como habían hecho Ondine y Dran?

Lune apretó los puños y sonrió.

—¡Sí, afrontaré con coraje mi Gran Prueba y la superaré! —anunció al viento, acariciando el puño de su espada de jade que llevaba siempre al costado—. ¡Les demostraré a todos lo que puede hacer una joven elfa de las cumbres!

Una brisa ligera hizo ondear su larga coleta de pelo rubio, casi plateado.

—Solamente tengo que creer en mí misma —añadió, en voz más baja— ¡y convencerme de que soy capaz de hacerlo!

—Pues claro que eres capaz.

Lune se sobresaltó.

Era la voz de Dran.

El titán de las montañas heladas había aparecido repentinamente detrás de ella y le sonreía. Todavía tenía la cara de sueño.

—¡Dran! —exclamó la elfa de las cumbres—. Te he despertado, lo siento...

—No me has despertado tú —replicó Dran—. También los demás se han levantado ya. Vamos, ven dentro a desayunar con nosotros.

Lune sonrió.

—¡Sí, tengo un hambre de lobo!

Dran se rio. Lune, con su alegría y su personalidad, siempre lo ponía de buen humor.



Ese pensamiento hizo que se sonrojara, y Lune se dio cuenta.

—¿Todo bien? —le preguntó la elfa de las cumbres con curiosidad.

Dran carraspeó.

—Ejem... claro que sí. Venga, no hagamos esperar a los demás.

Entraron juntos. En el carronato volador el ambiente era tranquilo y sereno. En el aire flotaba un delicioso aroma a galletas recién hechas.

—¡Veo que has estado atareada desde temprano, Ondine! —exclamó Lune.

La ninfa del mar la recibió con una tímida sonrisa.

—Cocinar me relaja —explicó.

De hecho, el viaje estaba resultando mucho más cómodo de lo previsto.

Para agradecerles que hubieran salvado a su pueblo, la princesa Yasmina les había regalado a los jóvenes magos uno de sus carronatos voladores más bonitos. Era grande y espacioso, tenía cuatro dormitorios y una sala común con confortables divanes.

En el centro de la estancia, una mesa de madera oscura estaba ya puesta con fruta madura, zumos frescos y bebidas calientes.

—¡Muchachos, aquí tenéis una receta típica del reino de las ninfas del mar! —exclamó Ondine, sirviendo las galletas en una fuente—. ¡Veréis qué delicia!

—Mmm, qué bien huele... —dijo Aldar, frotándose las manos.

A continuación, los aprendices de la Academia de Magia se sentaron a la mesa, charlando muy alegremente.

Puede que alguien se hubiera sorprendido al ver que una elfa de las cumbres, un titán de las montañas heladas, una ninfa del mar y un elfo soñador se llevaran tan bien. Los pueblos del Reino de la Fantasía eran diferentes en especie, costumbres y temperamento. Y, en efecto, al principio del viaje, entre los jóvenes magos había habido incomprensión, discusiones e incluso algún enfrentamiento. Sin embargo, su fuerza había consistido precisamente en eso: en su capacidad de ir más allá de



las diferencias, aprovechándolas incluso para reforzar el grupo.

Cada uno era especial y fuerte a su manera. Pero juntos, lo eran todavía más.

Por otra parte, el reciente éxito en la Torre de Rubí había hecho nacer la esperanza en sus corazones: tal vez la misión concluyese antes de lo previsto y, pronto, pudieran regresar a la Academia de Magia.

De vez en cuando, los jóvenes magos observaban con aprensión hacia el norte.

Allí se libraba una batalla dura. Magos y caballeros luchaban con valor para defender el Reino de la Fantasía y darles a ellos tiempo de recuperar las espadas perdidas.

—Quién sabe cómo estarán las cosas en el Reino de los Magos —dijo de pronto Lune.

Aldar la miró a los ojos.

—Tenemos que confiar en Astra y Ailos. Ahora lo único que podemos hacer es tener esperanza y proseguir nuestro viaje.

—¿Y si hubiese ocurrido algo irreparable? —intervino Ondine.

—Nosotros, de todos modos, no podemos hacer gran cosa —suspiró Dran—. Y tenemos una misión importantísima que llevar a cabo.

—Pero no es fácil —replicó Lune—. Si pienso en los amigos que hemos dejado en la ciudadela de los magos, y que ahora combaten contra las criaturas del Mal... bueno, en realidad, a mí me gustaría estar a su lado y contribuir.

—A mí también —admitió el titán de las montañas heladas—. Pero la *misión* es nuestra contribución. Por cierto... me parece que ha llegado el momento de preguntarnos por la decimotercera espada...

Todos intercambiaron una intensa mirada.

La decimotercera espada. Tan importante para su misión y, sin embargo, todavía tan misteriosa.

—¡No puedes quitarte de la cabeza la espada de obsidiana! —saltó rápidamente Aldar—. Habla, Dran, soy todo oídos: ¿qué no sabemos todavía de la decimotercera espada?

—Bueno, todavía no hemos considerado la posibilidad de que no esté perdida ni escondida... sino en manos de alguien.

Lune y Ondine se sobresaltaron.

—Pensadlo —insistió Dran—. Astra nos contó que hace muchos siglos, cuando el Espejo de la Oscuridad fue roto en los trece fragmentos con que se crearon las Trece Espadas, un brujo robó la decimotercera... ¿Quién

nos dice que la espada de obsidiana no sigue aún en poder de los brujos?

—Pero ¡si los brujos desaparecieron! —exclamó entonces Lune—. ¡Atrapados para siempre en el Espejo de la Oscuridad!

Dran negó con la cabeza.

—¿De verdad? ¿Estamos *seguros*? En este viaje, demasiadas cosas me han parecido extrañas y sin sentido. ¿A vosotros no?

La pregunta del titán de las montañas heladas provocó un tenso silencio.

Aldar, Lune y Ondine no pudieron evitar pensar que, en efecto, su misión había estado marcada por numerosos obstáculos, terribles e inexplicables. Recordaron la mantis gigante que había aparecido de la nada en la Floresta Intrincada... o los ataques de los arenosos, que parecían guiados por alguien muy hábil en la magia oscura... Pero ¿eran pruebas suficientes para temer el regreso de los brujos al Reino de la Fantasía?

Justo en ese momento Aldar iba a hablar, cuando una repentina sacudida hizo temblar el carromato volador y volcó la mesa.

—¡¿Qué ocurre?! —gritó el elfo soñador, acercándose a Ondine de un salto.

Otra sacudida, y las paredes de madera del carromato crujieron peligrosamente.

—¡Mirad ahí fuera! —gritó Dran, señalando uno de los ventanucos.

El cielo se había vuelto tan negro como el alquitrán. Las nubes giraban con furia y rayos cegadores dibujaban dedos esqueléticos en el cielo.

—¡Una tormenta! —gritó Lune.

Atenta a donde ponía los pies, y tratando de mantener el equilibrio, la elfa de las cumbres saltó inmediatamente al pescante y agarró las riendas de los caballos alados.

Pero era demasiado tarde.

Una impetuosa ventolera zarandeó el carromato volador y lo empujó hacia abajo, dirección al mar.

Por mucho que se esforzaran los caballos, no había manera de resistir el viento y cambiar de rumbo; el carromato fue lanzado al mar, al corazón de un remolino marino.

